



## **MARÍA JOSEFA RECIO MARTÍN, FUNDADORA DE LA CONGREGACIÓN DE HERMANAS HOSPITALARIAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS**

### **Introducción**

En el año 1881 nace en Ciempozuelos (Madrid) - con la misión ejemplar de cuidar a las mujeres con enfermedad mental y discapacidad intelectual-, la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, fundada por una granadina valiente y generosa, *María Josefa Recio Martín*, junto a *María Angustias Giménez Vera*, también granadina, bajo las directrices del hermano hospitalario de san Juan de Dios, Benito Menni Figini.

Han pasado más de 140 años y la obra que iniciaran las dos granadinas ejemplares, se ha extendido de forma espectacular, dejando una gran huella en el mundo: las Hospitalarias están presentes en 25 países, con más de 115 centros sanitarios, más de 820.00 personas atendidas al año, y más de 11.000 colaboradores, apoyados por cerca de 800 Hermanas Hospitalarias.

### **Notas biográficas**

La biografía de *María Josefa Recio Martín*, no puede ser más sencilla, abundante sólo en espiritualidad y en servicio a los más necesitados. Nace en Granada, en la calle Tiana, 22 –hoy Conde de Tendillas- el 19 de marzo de 1846, fiesta de san José. Es la tercera hija de un matrimonio humilde; sus hermanos fueron, la primogénita Leonarda y el segundo Eduardo, que murió a los nueve meses de edad.

El padre, Victoriano Recio, oriundo de Zamora, era sencillo y laborioso, discreto y buen cristiano, que además de la compraventa de madera, fue más tarde empleado de los consumos comunales. Su madre, Mamerta Martín Reguero, vivió como cocinera sirvienta de los Condes de Villamena de Cozvíjar, en la misma ciudad de Granada, aunque era natural del pueblo granadino de Chauchina.

Precisamente, en los umbrales de su adolescencia, cuando *María Josefa* se

estaba abriendo a la vida en todo su ser, le sobreviene el golpe duro e imborrable de la muerte de su padre; tiene sólo 10 años.

De momento, y como primera solución para poder proporcionar el pan de cada día a sus hijas, la Sra. Mamerta llamará de nuevo a las puertas de los Condes de Villamena. Esto no le quita de pensar e indagar dónde y cómo podrá colocar a sus pequeñas.

No era raro en aquella época, sobre todo tratándose de familias necesitadas, el colocar a sus hijas en sendos trabajos manuales y de artesanía, cuando contaban doce o trece años. Lo que más se iba a resentir en *María Josefa Recio*, era su instrucción escolar, ya que no volvería a recibir lecciones que, aunque pobres y deficientes, iban a ser todo su caudal.

Es precisamente en los años de su adolescencia, cuando *María Josefa* se determina a elegir un camino de dedicación y trabajo, en el arte de corte y confección, no solamente para conseguir una justa remuneración, sino como solución cara al futuro. Nos dice su mejor biógrafo, el licenciado Don Manuel Martín: “Comenzó *María Josefa* a aprender el oficio de modista, y sin pasar mucho tiempo, salió hábil oficiala en corte y confección”.

La lealtad en su trabajo, acompañada de su carácter afable y cariñoso, todo ello envuelto en un gesto de humildad y sencillez, le granjean el afecto y estima de cuantas personas la trataban.

Con palabras de San Pablo, haciendo una estampa de su persona, su biógrafo nos da esta imagen de su comportamiento: “Pasó su juventud embalsamando con el buen olor de Cristo, en fuerza de su conducta ejemplar; era caritativa, se compadecía de cualquier necesidad que encontrase a su paso olvidándose de sí misma, distinguiéndose entre las demás jóvenes, sus iguales, por su honestidad y pudor”.

Sumisa siempre a la voluntad de su madre, de cuyo lado sólo el deber o la necesidad de su trabajo podían separarla, se complace en ayudarla y servirla. Es para ella para quien guarda su ternura y cariño más delicados, dulcificando así su vida pobre y trabajada, y pagando como podía los incontables sacrificios de su crianza y educación.

*María Josefa* ha visto casar a su hermana Leonarda, y ella misma está eligiendo en sus suelos el compañero de su vida, un sencillo obrero de una de las fábricas de chocolate en la plaza Zacatín. Elegirán un día cualquiera de la semana, el 3 de febrero, fiesta de san Blas, que ellos lo transformarán en fiesta, por su promesa de amor hecha sacramento. Les casa el presbítero coadjutor de la Iglesia Mayor parroquial de los santos mártires Justo y Pastor, Don Antonio Ruiz González, iglesia donde ella había sido bautizada y había recibido la doctrina cristiana y alimentado su vida sacramental.

Un cambio de vidas, lleva consigo un estreno de todo; y como estreno, es siempre hermoso, y lleno de ilusiones al principio; esto les ocurre a *María*

*Josefa* y a su marido Antonio Fernández Amador. Sin embargo ..., esto es solo al principio.. .. *María Josefa* permanece siempre la misma, desde el principio hasta el fin, mientras que las actitudes de su marido han cambiado profundamente. desentonando antagónicamente de la manera de pensar religiosa de su esposa, que había de mantenerse contra viento y marea.

A pesar de ello, no hay ángulo humano, por muy limitado de esplendor que parezca que no tenga su centro, una semilla de fructificación y de esperanza. Es lo que ocurre a *María Josefa* en medio de su sufrimiento.

Desde que vivía en la calle Montalván, además de la Iglesia de los Santos Justo y Pastor, frecuentaba también la preciosa Basílica de San Juan de Dios; allí encuentra con frecuencia a una joven que llena de piedad, le impresiona en lo más profundo, es María Angustias Giménez Vera. No tardando llegará a tener con ella una amistad tan grande, que ambas a dos vivirán un mismo carisma, empujándolas no muchos años después, a fundar la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.

Viviendo como viven en la misma casa, situada en el número 49 de la antigua calle de San Jerónimo, aunque haya una pequeña diferencia de edad de solo 3 años, la compenetración humana y espiritual es tan plena y total, que la corta distancia cronológica no se percibe casi en nada.

Ambas a dos, están viviendo una profunda necesidad: *María Josefa Recio* precisa encontrar una persona que, viviendo el ambiente de piedad, llene el vacío que su profunda soledad moral le causa; y María Angustias necesitaba también a alguien que le saque de su indolencia y egoísmo, porque según sus mismas palabras “me encontraba un poquito separada de mi centro”, siendo Pepa para mí “la estrella y fiel amiga que necesitaba en aquella época”.

Desde hace mucho tiempo, el Padre Juan María Alfieri, General de la Orden Hospitalaria, acaricia la idea de restaurar la Orden en España, abriendo una nueva era en esta Institución benéfica. Convencido de que el joven Benito Menni es la persona ideal, para emprender la ingente tarea de la restauración hospitalaria en suelo Hispánico, lo presenta al Papa Pío IX, quien lo recibe en audiencia el 14 de enero de 1867, el cual imponiéndole las manos le dice: “*Hijo mío, vete a España con la bendición del cielo, a restaurar vuestra Orden en su propia cuna*”.

Llega a España en 1867, y una vez aprobados los estatutos con facultades para fundar hospitales y asilos en todo el territorio español, el Padre Menni pone sus ojos en la que pudiéramos llamar Fundación Central de la Caridad Hospitalaria: Ciempozuelos. Es el 23 de febrero de 1867.

Viviendo como viven estas dos piadosas mujeres muy cercanas al Hospital San Juan de Dios, y siendo personas asiduas y devotas de todo acto religioso que se celebra en la Basílica, fueron invitadas al recibimiento del Delegado General de la Orden Hospitalaria.

El hombre que con tanta ilusión era esperado, ignoraba por entonces, cómo su primer contacto con estas dos personas, iba a ser el comienzo de una de las más bellas obras que Dios le iba a inspirar. Tampoco *María Josefa* y *María Angustias* conocen por el momento la trascendencia de este contacto que ahora se les ofrece, pero todo estaba previsto por la suprema voluntad divina.

Asiduas a la recepción del sacramento penitencial y a la dirección espiritual ambas sienten el impulso de acercarse al confesionario para reconciliarse. Su testimonio es idéntico, viendo en el Padre Benito Menni, no solamente el hombre docto y comprensivo, sino la misma ternura personificada. Por eso dejaron escrito: *“era tal su bondad y afabilidad, que se nos mostraba como una madre cariñosa, con un amor tan grande, que no tenía semejanza”*. Desde este preciso momento, algo muy concreto queda fijado en sus almas: *“trabajar con todo empeño por ser hijas del Padre Menni, hasta el último suspiro de su vida”*.

En la larga estancia que por aquel entonces tuvo que pasar en Granada el Padre Menni, una tarde se acercó *María Angustias* para confiarle un secreto, manifestándole con sencillez, lo que tantos años ansiaba fuese una realidad: la fundación de una rama femenina que completase la labor hospitalaria y así no hubiese diferencias de trato entre enfermos y enfermas mentales.

¿Qué le parece a su Reverencia? Hija mía, todo esto he de pensarlo delante del Señor. Un poco desconcertada queda la confidente al no poder entender cuáles pudieran ser los motivos secretos para quitar esperanzas, en lugar de dar ánimos respecto a la fundación.

Ante estas dificultades, le pide un permiso: el confiar a su amiga *María Josefa* todas las cosas que él le ha dicho. Pero el padre escudándose en que estaba casada, y que podría sufrir una división entre matrimonio y vocación, se lo negó, pretextando que era preferible guardar secreto de sus confidencias para no coaccionar su voluntad.

Un objetivo común en las peregrinaciones al Sacro Monte y en sus oraciones privadas, era interceder ante Dios por la conversión del esposo de *María Josefa*. Antonio Fernández Amador, era testigo en su propia casa de la hacendosidad de su esposa, y de la alegría permanente en que vive a pesar de los contratiempos. Y sobre todo constataba en todo momento su piedad para con el Dios invisible que está transformando la vida de su hogar.

Y como la oración hecha con fe y amor, no falla nunca, “un día, no irían las dos amigas solas a la Basílica del Sacro Monte. Por un impulso interior casi indefinible, en esta ocasión las acompañaría Antonio, envuelto en un halo de curiosidad y misterio”.

No podemos imaginar cual sería la emoción de *María Josefa* al ver a su marido de rodillas ante el confesor. Seguramente que en este momento vería compensadas todas las amarguras y disgustos que a lo largo de varios años había tenido que sufrir, con la perspectiva esperanzada, de que en adelante

todo iba a ser distinto, para mejor.

Por otra parte, la vida de las dos amigas, sigue cada vez más animada en su propósito.

Un día, en que María Angustias expone con insistencia sus anhelos de fundación a *María Josefa*, esta le responde proféticamente: “no ocurrirá tal cosa; hasta que yo no vaya con usted, no lo va a conseguir”; expresión que ni puede ni quiere entender María Angustias, ya que la salud de Antonio es plena y total. Por eso con actitud enérgica le contesta: “¿Por qué dice cosas tan imposibles?”

Y ciertamente se iba a convertir en realidad, pero del modo más imprevisible e insospechado, pues nadie podía prever que en tan solo unos años iban a cambiar los acontecimientos de manera sorprendente, para que así, su propósito bendecido por Dios dejara de ser sueño y se convirtiera en realidad tangible.

En efecto, Antonio Fernández Amador, había sido siempre un hombre sano que caminaba en medio de la vida, con el gozo de cumplir su deber con máxima fidelidad; pero en aquella fría noche de febrero de 1879, no ha descansado bien. Compelido a guardar cama por prescripción médica, su esposa *María Josefa* le colma de atenciones dentro de su sencillez de vida. Cuatro meses de tensión, de dolor creciente, de esperanza disminuida y acortada; y también cuatro meses de abandono fiel al querer de Dios, entremezclado con el dolor de despedida irreversible.

Un gran consuelo le queda a *María Josefa* como esposa buena; la oportunidad de que confesara a su marido el Padre Benito Menni, a quien no tardando ella iba a seguir sus pasos. En la carta de condolencia que le escribiera desde Madrid, le decía entre otras cosas: “*no sé si algún sacerdote habrá tenido ocasión de conocer tan a fondo como yo el interior de Antonio. Doy muchas gracias al Señor, pues en esta enfermedad le convirtió enteramente para sí*”.

Al enviudar y sin que llegaran los hijos, desde ahora queda el camino expedito para entregar su vida a Dios. De ahí que ambas amigas insistieran y persistieran, rogando al Padre Menni de palabra y por escrito que escuchara sus peticiones, pues sentían que era de verdad, auténtica inspiración de Dios.

Después de mucho pensar y repensar las cosas ante el Señor, y de auténticas negativas por parte del padre Benito Menni, una vez hecha la restauración de la Orden en España y abierta la casa de salud en Ciempozuelos, comprendió lo imperfecto de la asistencia de los enfermos mentales, si las mujeres quedaban desatendidas.

Por eso, después de muchas dilaciones y de un auténtico martirio vocacional, a mediados de junio de 1880, reciben una carta del Padre en la que en otras cosas les decía: “*hijas, si queréis podéis venir. Ya os tengo preparada una casita para que viváis en compañía de una buena señora, que saldrá conmigo a la estación a esperaros*”.

Ahora solo queda elegir el día de la marcha, que en este caso será más bien “huida”. Es el 20 de junio. Al día siguiente, fiesta de San Luis Gonzaga, antes del amanecer, las dos amigas dirigen sus pasos hacia la estación del ferrocarril. Hacen noche obligada en Córdoba.

Después de un viaje largo y cansino, el tren se detiene perezosamente en la estación de Ciempozuelos. Allí les esperan el Padre Menni y la señora Joaquina Seijas del Rincón. Es entonces cuando *María Josefa* se atreve a decirle: “*de seguro que no nos esperaba; tal vez pensaba que no seríamos capaces de desenredarnos de tanta maraña; pues bien, ya nos tiene aquí, gracias a Dios*”.

En efecto; la vida que comenzaran a estrenar en Ciempozuelos no resulta nada fácil en ningún momento: mísera habitación, trabajo nada agradable lavando y cosiendo ropas de los enfermos mentales, habladurías y desprecio de los lugareños, dilaciones en una determinación vocacional concreta por parte del Padre Menni.

Por fin, después de una última prueba, que pudo dar al traste con la fundación, enviándolas a Madrid para ingresarlas en las Religiosas de la Sagrada Familia, *María Josefa* con humildad, pero con entereza de la mujer fuerte de la Escritura, le previene al Padre Menni en gesto profético: “Si padre, procuraremos obedecerle, pero no piense que vamos a continuar. Nuestro Señor nos ha traído para otra cosa”.

La victoria, después de Dios, hay que atribuirle a estas dos mujeres, tenaces en la fe y en la confianza a nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús; la debilidad ha podido a la fortaleza y el corazón ha superado al razonamiento. Ahora es cuestión de que vayan reclutando vocaciones, y lleguen enfermas para dedicarse a lo que siempre soñaron: seguir las huellas de su padre San Juan, el “loco de Dios”.

Así es como el 31 de mayo de 1881, nace la primera comunidad de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, dispuesta –muy dispuesta- a servir a Dios a través de las enfermas mentales. El padre Benito Menni lo refrendará con estas palabras: “*Puesto que ya formáis comunidad deseo con gran fervor, deis principio a la vida regular, en cuanto pueda ser, para cuyo objeto y mayor mérito vuestro, quiero que con humilde sujeción respetéis a una como vuestra superiora, tal y como lo he pensado delante del Señor. Esa será María Josefa*”.

Desde este momento, todas las orientaciones tendrán como referencia interior, un fuerte espíritu de fe y de amor hechos obras, y una observancia regular que unifique horarios y comportamientos. O sea, contemplativas por dentro y activas por fuera.

Y *María Josefa*, como responsable suprema de la Congregación, se dedicará a “dar la vida” por sus hijas y por las enfermas, siendo testigo fiel de lo que

significa una consagración a Dios y al prójimo, hasta que llegue un día, -no lejano- en que la ofrezca como auténtica víctima de holocausto.

Y Dios comienza a bendecir la Congregación con una afluencia casi “milagrosa” de vocaciones, pues no solo llegaban de una en una, sino de grupo en grupo. Llega un momento que se hace imposible vivir en la misma casa, por lo que tienen que buscar la que ellas llaman “Casa de las Granadas” elegida precisamente porque *María Josefa* ve en el jardín unas plantas de granados y exclama alborozada: “Esta casa tiene que ser para San Juan de Dios”.

Al mismo tiempo que el aumento de vocaciones, apremian las solicitudes continuas de personas enfermas: siempre queda sitio en el corazón de *María Josefa* y de las Hermanas. Buscar, recibir, acoger, servir, tienen para ellas un solo y un mismo nombre: Cristo. Las peticiones llegan de los más diversos lugares: Madrid, Segovia, Valladolid, Cáceres, Badajoz, Lugo, Córdoba.

Como madre buena y generosa, Sor *María Josefa* del Santísimo Sacramento se entrega sin reservas al cuidado y crecimiento de la gran familia que el Señor le ha confiado. Aquella maternidad que no consiguió en lo generativo dentro de su matrimonio, Dios se lo aumenta ampliamente en lo espiritual.

Para *María Josefa*, un crecimiento comunitario tan espectacular, debió ser un verdadero acicate en el sentido de ejemplaridad y de amor práctico. En realidad, así es, pues la autoridad para ella es sinónimo de servicio, y en ello se revela auténtica maestra:

- Con las hermanas, establece una relación fundada únicamente en el amor, dispuesta a dar la vida en nombre del mismo.
- Con las enfermas, su servicio delicadísimo se antepone a lo demás y se reviste de sagrado, llegando no pocas veces, a darles la comida de rodillas.
- Para con los superiores, observa una actitud de docilidad ciega, hasta mostrarse algunas veces intransigente en este punto, convencida de que quien desobedece a sus disposiciones, desobedece a Dios.

Por eso llega a decir a las hermanas: *“Les suplico hermanas mías, que sean muy obedientes, de modo muy especial a nuestro Padre, abandonándose en sus manos, en cuantas disposiciones dé. Si lo hacen así, pueden estar seguras de que hacen la voluntad de Dios. Sí, obedezcan a cualquier superiora que les pongan, sin fijarse en nada, sea joven o anciana”*.

El detalle que distingue de manera eminente a *María Josefa*, es su solicitud más que maternal apenas advertía a alguien que caía enferma. Basta un golpe de tos para verla moverse a prestar sus “primeros cuidados” a base de medicamentos e infusiones. Sus tazas de té caliente saben siempre a caridad. Es la primera en correr, cuando hay que moderar furias de una

demente. Será una intervención suya para salvar a las otras, lo que le iba a costar la vida.

Es la última en separarse de la cabecera de las enfermas. La “terapéutica intensiva” de su amor es el remedio de eficacia infalible. Está siempre dispuesta a sintonizar en todo y en todos; a prevenir, a excusar, a alarmarse por los peligros que pudieran correr sus hijas.

La virtud de *María Josefa Recio* tiene solo un denominador común: el espíritu sobrenatural que es el que sirve de filtro, para llegar a sublimar aún los actos más insignificantes. En los perfiles del prójimo sufriente, ella descubre los rasgos transfigurados de Cristo.

Su diaria monotonía queda iluminada por esta perspectiva de fe; es el objetivo que propone a las hermanas en el cumplimiento de los trabajos más humildes: *“Cuando trabajéis con las manos, elevad vuestro espíritu a las cosas de arriba. Tened mucha paciencia y caridad con las enfermas, que son imágenes de Cristo; servidlas con amor, y con las más repugnantes esmeraos más, considerando que representan a nuestro Señor Jesucristo”*.

Su ejemplo no desmiente jamás esta norma. Y es precisamente ese impulso sobrenatural el que la mueve a ofrecerse, como víctima heroica, en nombre de un amor más fuerte que la misma muerte.

En efecto, un día cualquiera del mes de agosto, -jornada por cierto sofocante, cuya fecha concreta nadie sabe- las horas van pasando con normalidad. Las hermanas hacen la acostumbrada visita a las enfermas y con la emulación de siempre, despliegan su esmero por aliviar los sufrimientos de las residentes.

Nada hace pensar en el drama que está a punto de ocurrir, y que va a estremecer no solo a la comunidad sino a todo el pueblo de Ciempozuelos. Todo ocurre de manera fulminante. Agarrada a la reja de su habitación, queriendo escalar no sé qué alturas, o soñando con una imposible libertad, la enferma Dolores Soler, que lleva internada un año en el hospital, está pasando por una de sus crisis agresivas del todo imprevisibles, y cada vez más frecuentes y violentas.

Acuden dos hermanas e intentan calmarla; pero ella al verse observada, se desdobra en hostilidad, y bajando de la reja se lanza furiosa contra ellas, agarrándolas fuertemente de las tocas que quedaron entre sus manos crispadas. Las hermanas logran salvarse.

Casi al mismo tiempo llega *María Josefa* para remediar el problema. Verla Dolores y arrojarla contra el suelo, es cosa de un segundo. La demente, joven todavía, de complexión fuerte, habituada al trabajo duro del campo en su tierra de Galicia, descarga en la Fundadora todo el vigor de su fuerza incontrolada. Y en su alucinación persistente, golpea aquí y allá, salta una y otra vez sobre su víctima, como ensañándose con un fantasma enemigo.

Sus gritos e insultos se confunden con la exclamación impotente de *María Josefa*: “Virgen Santísima, aquí es mi fin”.

Ella, *María Josefa*, pensando más en la enferma y en las hermanas agredidas que en ella misma, les ruega que por nada del mundo castiguen a Dolores, ya que no sabe lo que ha hecho, y que más bien le den un calmante pues se encuentra demasiado excitada.

A pesar de los exquisitos cuidados que a porfía le prodigan las hermanas, los horizontes de la vida de *María Josefa* se están recortando. Han sido quince días entre la vida y la muerte en cuyo estado no se sabe qué es mejor: o que se reduzca el martirio, o que se vaya a gozar de Dios, sabiendo además que está llegando el fin.

No obstante, en las pocas reservas que aún le quedan, entre dolores intensos y malestar constante, deja caer máximas doctrinales que quisiera floreciesen siempre en el Instituto. *María Josefa* inculca a las hermanas “la caridad fraterna más exquisita que, como mandamiento nuevo, sea el objetivo fundamental de la Congregación: el amor a las hermanas y a las enfermas”.

Algo que deberá nacer de la misma entraña del alma, será la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús. Al amparo de su refugio inició su andadura la Congregación. A Ella se encomienda en los momentos más oscuros y apurados, y ahora ya casi exánime, se hará la primera y última fotografía, estrechando su imagen venerada. ¡Fiel cariño a la Virgen!

Y después de hacer su testamento espiritual, entrega su alma a Dios el 30 de octubre de 1883. Sus últimas palabras son: “¡Ánimo, hermanas mías, ánimo!; desde el cielo rogaré por todas, y digan a las que vengan, que a todas las quiero lo mismo, tanto a la primera como a la última que está por venir a esta Congregación”.

Huérfana de madre, la Congregación de Hermanas Hospitalarias, puede ajustar sus pasos a las huellas dejadas por *María Josefa* y caminar así hacia la realización de los ideales caritativos a que ha sido llamada por la Divina Providencia.

El camino a recorrer está marcado con señales bien seguras: la de una caridad hasta el derramamiento de sangre, y un perdón sin condiciones. Así lo vive la sierva de Dios, *María Josefa Recio* del Santísimo Sacramento.

### **Rasgos de su personalidad**

Entre los medios y técnicas que existen hoy día, para un conocimiento más profundo de la persona humana, está la ciencia-arte de la grafología. Para el historiador que quiera profundizar en el personaje es un medio de excepción ya que en cierto modo “resucita” al protagonista que estudia.

Al escribir la biografía de *María Josefa Recio* Martín, se procuró no faltase este detalle grafológico que interpretase su personalidad. Y porque lo creemos de gran interés transcribimos el informe emitido por la psicóloga grafóloga Amparo Alcalá Velázquez en el que describe las características que definen la personalidad de la Fundadora de las Hermanas Hospitalarias.

Con las limitaciones propias de estos informes puede ayudar a comprender la tenacidad y el compromiso que animan su corta existencia. Sus trazos esenciales, los formula así:

“Madurez mental, relieve personal e individualidad acentuadas, caracteriza a esta personalidad que lucha, arrastra y toma su cargo a los demás.

Posee una buena disposición hacia el orden y la organización en general. Enormemente resistente a las dificultades, sentido de la responsabilidad acusado, y una gran fuerza de voluntad, pone de su parte mucho más de lo que puede, para lograr los objetivos que se propone.

Su gran capacidad de iniciativa y elevadas dotes de convicción, la inclinan a sostener el poder. Pero este poder estará siempre bien ejercido, con una gran seguridad en sí misma, y desde una gran afectividad hacia quien domina.

Persona convencida de su propio valer, con aspiraciones importantes, pero su espíritu práctico y realista la llevan a plantearse metas que puede alcanzar. Sus objetivos son pocos y concretos, y es capaz de sacrificarse y concentrar todas sus facultades para conseguirlos.

Sus decisiones muy razonadas y reflexivas. Antes de actuar, mide todos los pasos que piensa dar, hasta que ha llegado a la conclusión que las circunstancias son propicias, utilizando la prudencia y moderación. Tiene corazonadas a las que atiende, revisándolas para ver si son útiles.

Su pensamiento es lógico: si tiene que castigar, lo hará siempre desde la lógica; si tiene que imponer una regla, será siempre una regla que se pueda cumplir.

Es hábil para las decisiones, sabe simplificar las cosas de manera agradable: le gusta ir directamente al “grano”, mostrándose enemiga de intrigas. Es capaz de organizar y modular su propia conducta, sus sentimientos y expresiones, con vistas a obtener los mejores resultados, siempre actuando con seriedad, con rigor y con disciplina.

En las relaciones humanas, muestra facilidad para el contacto y buena

disposición a la sociabilidad. Es alguien que sabe escuchar, apoyar y dar seguridad a los demás, aunque pueda proceder, si es preciso, con energía y firmeza, especialmente con las personas con las que tiene mayor confianza.

Su actitud reflexiva ante la vida, es consecuencia del contexto social en que vive. Es extremadamente sensible a las ideas y principios reinantes en el ambiente en el que se desenvuelve, y posee una buena dosis de imaginación, pero su condición religiosa le obliga a mantener su independencia con el mundo que le rodea.

Todo cuanto sucede a su alrededor le afecta enormemente, pero no demuestra sus sentimientos y emociones de forma espontánea, sino que su comportamiento es sensato, discreto y prudente.

El autocontrol y dominio de sus impulsos juegan un papel importante en su vida, lo que le produce una gran agitación interior, lucha interna entre lo real y lo ideal, en la que siempre impondrá el dominio de la razón sobre los sentimientos, y tenderá a replegarse sobre sí misma, y a buscar el reposo en el aislamiento

Es en el orgullo de las cosas bien hechas, en el resultado positivo del sacrificio realizado, donde alcanza su mayor felicidad”.

Todo esto es lo que dice el informe grafológico, pero, dado que el campo espiritual y vital es más extenso, denso y profundo constatamos en la práctica lo que se ha reseñado en la teoría, avalado por el testimonio de las hermanas que viven con ella.

Las cualidades de *María Josefa* en su función de superiora no son nada despreciables, sobre todo al estar convencida de que debía ir con el ejemplo por delante, tanto en lo referente a la vida de piedad, como en los detalles más mínimos.

Antes de que se redactaran las Constituciones, San Benito Menni, en una carta que escribe desde Barcelona a *María Josefa* y María Angustias, les da lo que ellas llaman “La Primera Regla de la congregación”, orientaciones sencillas y prácticas, con las que deben alimentar su vida de entrega a Dios. Está condensada en seis verbos, que son todo un programa de perfección: “Rogar, trabajar, padecer, sufrir, amar a Dios y callar”.

**Orar.** Este fue el gran deseo de Benito Menni y como el programa ideal de sus hijas que, para llenar de eficacia auténtica su vida laboriosa, necesitan impregnar hasta la saturación, su unión con Cristo por medio de la contemplación.

Este orar-contemplado, las Hermanas Hospitalarias lo llevan a la práctica en la “Vela perpetua” ante el Santísimo Sacramento. Toda vida exterior debe nacer del profundo del “ser”, y san Benito Menni quiere que sus hijas “sean” desde dentro, para que desde el “ser”, puedan “dar” y “hacer”

**Trabajar.** Decir trabajo en una vida religiosa, sobre todo en sus comienzos fundacionales, significa mucho más que la mera ocupación de las labores manuales, pues respecta a toda la actividad personal, recibiendo los nombres y calificativos más variados: laboriosidad, esfuerzo, sacrificio, participación, observancia, oficiosidad, darse, dedicarse, asiduidad, cooperación.

Cuando *María Josefa* es elegida de superiora, deja escrito María Angustias: “Trabajaba como si fuera esclava de todas; su grande voluntad y disposición se lo facilitaba, porque el Señor la dotó de grande capacidad y destreza”. “Ella dirigía todo –dice Sor Purificación Aberásturi- y ayudaba caritativamente a las que estaban abrumadas de trabajo”. Añade Sor San José, “era incasable en el trabajo desde siempre, pero sobre todo desde que tomó el cargo de superiora”.

**Amar a Dios.** Este es el único móvil de su vida, aquel que está originando toda su decisión y todo su esfuerzo no es otro que el amor y solo el amor.

Su oído atento a la llamada de Dios por medio de su vocación, la expresó de modo decidido y valiente, al arrancarse de su tierra y encaminarse a “donde no sabía”, ignorando lo que le esperaba, y solo abandonada al querer de Dios.

Su tenaz insistencia en pedir un lugar donde poder consagrarse a Dios de por vida, no es otra cosa que expresión de una urgencia de amor. Hay una formulación rotunda y absoluta que refleja con transparencia su ideal: “Nos preocupaba el pensamiento de ser solo de Dios”.

**Sufrir.** Biográficamente, la primera noticia que tenemos de un sufrimiento corporal de *María Josefa*, es el dolor de estómago, ese dolor serio, seco, que roe y corroe con más o menos intensidad, con intermitencias de acallamiento, y que le acompañó toda su vida.

Dice la hermana María Consuelo López: “La madre era de complexión delicada, y recuerdo me dijo en una ocasión: “Este borrico de cuerpo quisiera que fuese también a las aguas de Lanjarón, pero no le va a valer”.

Hay dos posturas concretas ante el misterio del dolor: la actitud de inaceptabilidad, de donde procede toda clase de exigencias, quejas e impaciencias, sin haber asimilado el signo de la cruz de Cristo; aquella otra en la que se vive el sufrimiento como detalle privilegiado aceptando el dolor en plena dimensión de interioridad. Esta es la actitud cristiana, ante la cual uno se ve impelido a ponerse de rodillas en gesto de adoración del misterio.

Este es el caso de *María Josefa* siempre, pero sobre todo cuando llega la hora de hacerse, ella misma, ofrenda cruenta de perdón y caridad. Este hecho se recuerda en la Congregación con amor estremecido, entendiendo que en

este gesto heroico se hace víctima sufriente, y consigue la palma de la santidad.

**Padecer.** Pero si el dolor físico es un misterio, el “padecer moral” que siempre nos acompaña es un sacramento al que hay que apuntarse de puntillas y con los pies descalzos, con respeto y pudor, porque resulta ser una zarza ardiente en medio de la cual está “El que es”.

Si la salud física de *María Josefa* se la califica siempre de “delicada” por estar casi siempre acompañada de molestias gástricas, son muchos más los testimonios sobre su “padecer” en lo que se refiere a los sufrimientos morales.

Recordamos sucintamente, su vida matrimonial, el fallecimiento de su esposo, su decisión vocacional que estuvo sembrada de lágrimas y dolor, pues además de arrancarle furtivamente de la propia tierra y del hogar, se inicia con un horizonte desconocido y corto de esperanzas.

Misterios dolorosos que continuarán reproduciéndose en el rosario de su vida entera, hasta llegar a fundirse el **sufrir y padecer** en un mismo holocausto, para convertirse en misterio glorioso de resurrección y santidad.

**Callar.** Es la última de las recomendaciones que se lee en la “Primera Regla de la congregación”. Si alguna palabra le cuadra plenamente a *María Josefa* y la define a la perfección es “Callar”.

¿Qué sabríamos hoy día de ella, si María Angustias no nos hubiera regalado el tesoro inapreciable de su “Relación de los Orígenes? Seguramente muy poco. *María Josefa* queriendo fijar su nido de amores en el Corazón de Cristo, prefirió siempre “callar”.

Un testimonio sobre este particular nos dice: “En el silencio, *María Josefa* era rigurosa, nunca hablaba sin verdadera necesidad, y cuando hablaba lo hacía en voz baja; lo mismo exigía de nosotras, y si alguna o algunas veces nos deslizábamos en el hablar, nos reprendía de palabra, o nos hacía la señal de que faltábamos, poniendo su dedo en la boca en ademán de imponernos silencio”.

### **Su visión de lo religioso**

Al estudiar la espiritualidad de una persona concreta, en nuestro caso, *María Josefa Recio* Martín, es del todo necesario precisar el ambiente eclesial y social en que vivió.

Para entender la espiritualidad cristiana de la España del siglo XIX, es del todo necesario recordar el fondo o marco cultural en que se desarrolló. El nivel intelectual, durante la segunda mitad del siglo XIX –que fue el que vivió *María Josefa*- fue sencillamente muy pobre en general. Solo quedaba un poco de Escolástica repetida, mezclada con infiltraciones de sabor jansenista y hasta protestante.

Las facultades de teología en las universidades de España agonizaban; tanto los seminarios como las casas de formación de religiosos, tenían una vida insegura y precaria por las circunstancias políticas y las guerras de aquellos años tristes.

No obstante –como suele ocurrir con frecuencia- la piedad y religiosidad populares, fueron la solera más profunda de la espiritualidad a lo largo de los siglos XVIII y XIX y los mejores de España: Se rezaba mucho, se cumplían los preceptos de la Iglesia, se la respetaba, y las costumbres eran sobrias y sanas en la masa popular.

*María Josefa*, como hija de su tiempo, no tiene oportunidad de cultivar intelectual ni espiritualmente su vida de piedad, por lo que la expresa espontánea y sencillamente con lo que ha practicado constantemente apoyándose en la religiosidad popular; lleva a Ciempozuelos la vida devocional que ella practicó desde siempre, en especial la que comienza a vivir cuando encauzó su vida bajo una dirección espiritual.

A pesar de la pobreza en el campo de la espiritualidad en el siglo XIX, la fuerza del Espíritu, en lo escondido y en el silencio, estaba renovando el suelo de España en personas concretas, que favorecidas de los más diversos carismas, fundaron todo un arco iris de institutos, que naciendo en España han florecido y se han extendido a los países más remotos.

Se pueden contar más de una veintena de santos y santas en los pocos años que vive *María Josefa*, o sea, de 1846 a 1883, casi todos fundadores y fundadoras: san Antonio María Claret, santa Micaela del Santísimo Sacramento, santa Soledad Torres Acosta, san Enrique de Osó, santa Josefa Sancho Guerra... y nuestra biografiada la Sierva de Dios *María Josefa Recio Martín*, fundadora de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.

Resumiendo, su vida desde la dimensión de lo espiritual, podemos asegurar que, a lo largo de su trayectoria, vive profundamente la confianza y esperanza, apoyándose siempre en el Señor y respetando sus planes en todo cuanto emprende. Así trató de vivir la esperanza teológica: En cada oración que despliega y en cada súplica que hace; cuando en su matrimonio esperó los hijos que nunca llegaron; ora y llora por la conversión de su marido; vive todo un martirio en ansias de darse al Señor en la vida consagrada.

Donde *María Josefa* pone un acento heroico, es en la tercera virtud teológica, la caridad. Quiere que sea un amor desnudo, sin adjetivos más que el de la “verdad”, sin condiciones, sin límites. Ella lo vive así, como aspirante, como religiosa Profesa, como fundadora, y finaliza su vida amando y perdonando, como Cristo.

Ni que decir tiene, que toda su vida espiritual y humana está impregnada de la

primera virtud teologal, la fe. Recorriendo con respeto y veneración los distintos pasos de su vida, percibimos cómo en todos ellos se encuentra el sello e impronta de la fe muy marcado, como dando relieve y vida sobrenatural a lo que no es más que un simple acontecimiento; todo ello alimentado constantemente con actos de piedad que son los que dan pábulo a la intimidad con Dios.

Así lo reconocen sus propias hijas, proclamando a una sola voz la santidad de su Fundadora. En efecto, hay ocasiones en las que se percibe en las personas santas un halo que impresiona, y que sin atrevernos a llamarlo “santidad”, se dice que hay en ellas un algo, un no sé qué, que deja cierta impresión admirativa.

Esto es lo que recuerda una hermana la cual constata: “Yo, en mi interior, conservo –respecto de María Josefa- una cosa especial de tantas como viví, que no son para explicar”.

En otras ocasiones son expresiones equivalentes a “santidad”: “No parecía criatura de este mundo. Todos se quedaban mirándola y confundidos de ver sus virtudes. Todos sus actos eran ejemplarísimos. En mi interior siento un recuerdo que mientras viva, jamás lo olvidaré. Nuestra madre era un modelo acabado de todas las virtudes”.

Este el ejemplo vivo que *María Josefa* deja a sus hijas, y cuyos ecos perduran en la voz del pueblo, hasta que la Santa Iglesia, proclame su santidad de manera oficial y pública.

### **Lo que realizó**

El currículo de vida que *María Josefa* lleva a cabo, es corto pero eficaz, bajo muchos puntos de vista; tanto es así, que pocas personas podrán recorrer en tan poco tiempo lo que ella consigue:

- Hija dócil para con sus padres en el hogar y piadosa para con Dios.
- Joven honesta y cumplidora de sus deberes hasta conseguir una carrera de corte y confección en su tiempo.
- Esposa fiel y sufrida hasta conseguir la conversión de su marido.
- Mujer llena de fe, que supo llenar su vida en busca de Dios por medio de la oración y dirección espiritual al lado de san Benito Menni.
- Tocada por el Espíritu, se siente atraída por una vocación religiosa que consigue a fuerza de tesón y perseverancia.
- Sigue a Cristo atendiendo a mujeres con enfermedad mental, al estilo de

san Juan de Dios y de su hijo Benito Menni.

Y todo lo hace de prisa; en tan solo tres años es postulante, novicia, profesora, superiora local, superiora general y... santa.

**Bibliografía** *Mujeres de Granada*. Juan Rodríguez Tito. Edita Diputación de Granada. 1998.

*María Josefa Recio Martín, testimonio de caridad heroica*. Fr. M<sup>a</sup> Alberico Feliz Carbajal, O.C.S. Año 2000.

*Rasgos Biográficos. María Josefa Recio Martín*. Manuel Martín, presbítero. 1925.

*Relación sobre los orígenes de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús*. María Angustias Giménez Vera. 1887.

*Luz en las sombras. Sor María Josefa Recio Martín*. Miguel Ángel Velasco. 2000.

(De un escrito de Teresa López Beorlegui

Hospitalaria del Sagrado Corazón de Jesús)